

Introducción

Don Giussani. Por qué la Iglesia Capítulo 1

1. Un presupuesto fundamental

La Iglesia no solo es expresión de vida, algo que nace de la vida, sino que *es* una vida. Una vida que nos llega desde muchos siglos, anteriores a nosotros. Quien quiera comprobar la veracidad de su opinión sobre la Iglesia ha de tener presente que para comprender realmente una vida, como es el caso, se necesita convivir con ella adecuadamente.

La comprensión de una realidad que de algún modo vaya unida a la vida exige un tiempo que difícilmente puede calcularse. En una realidad que sea fuente de vida se dan connotaciones y aspectos que nunca se acaban de descubrir y ponderar.

Una *conditio sine qua non* para comprender la vida es la *convivencia* con ella. Normalmente se siente la tentación de poner un límite, un plazo previamente establecido o decidido en un momento determinado del individuo. Para escapar de esta tendencia a limitar hay que tener una especial sencillez o lealtad. De lo contrario se obstaculiza la posibilidad de obtener un juicio crítico sobre esa forma de vida y se hace imposible alcanzar un mínimo de objetividad.

2. Sintonía con el fenómeno

Sea cual sea la postura de quien quiera abordarla, la Iglesia es una realidad que hay que catalogar entre los fenómenos religiosos. Algunos pueden juzgarla como un fenómeno religioso adulterado o adulterante, de escaso interés, y otros en cambio pueden dar por descontada su validez, pero creo que en ningún caso se puede escapar al hecho de tener que catalogar a la Iglesia como una realidad religiosa. Y esto es precisamente lo que propongo considerar ante todo.

La Iglesia es "vida" religiosa.

Un psicólogo y filósofo alemán, Johannes Lindworsky, afirmaba que la primera condición para cualquier educación, esto es, pasos del individuo que se introduce en lo real estén siempre motivados por algo que se apoye en una experiencia ya asimilada por él.¹ El hombre, en definitiva, solo descubre aquello que de algún modo está inconexión con algo previamente *presente* en él. Digo "de algún modo" justamente porque los contactos, los encuentros, la trama de relaciones externas reclaman de la interioridad, de lo implícito en el individuo, una realización más abierta y más evolucionada. La trama de relaciones actúa y configura nuestra fisonomía cada vez más plena, en cuanto que evoca una realidad presente en nosotros como a través de una sintonía.

Dado que la Iglesia es una realidad religiosa, en la medida en que el aspecto religioso no esté activado en mí o se haya quedado en la infancia, en esa medida será más difícil que pueda juzgar objetiva y críticamente ese hecho religioso. Si abordamos, por ejemplo, a

¹ J. Lindworsky, Willenschule, F. Schöning, Paderborn 1922.

un gran poeta del pasado, como Dante Alighieri o Shakespeare, enseguida vibramos ante aquellas páginas tuyas que expresan sentimientos que viven hoy en nosotros todavía, y las comprendemos más fácilmente. En cambio, los pasajes en los que el poeta se refiere a mentalidades o prácticas de la época en que vivió, precisamente por su contingencia efímera, por su valor puramente momentáneo, se nos hacen muy difíciles de entender. Para que se produzca la comprensión tiene que haber correspondencia.

Es explicable, pues, que en la situación en que estamos todos nosotros, en el ambiente mental contemporáneo tengamos dificultades para afrontar una realidad de tipo religioso. La ausencia de una educación del sentido religioso nos lleva muy fácilmente a sentir como lejanas de nosotros realidades que están, sin embargo, enraizadas en nuestra carne y nuestro espíritu. Por el contrario, la presencia viva del espíritu religioso hace más fácil e inmediata la comprensión de los términos de una realidad como la Iglesia.

En esta situación, la primera dificultad para tratar de la Iglesia es una dificultad de inteligencia, es la fatiga que causa la falta de disposición del sujeto respecto al objeto que tiene que juzgar: una dificultad de comprensión causada por un estado anquilosado del sentido religioso.

Durante una conversación en la que me vi implicado, un importante profesor universitario dejó escapar esta frase: "¡Si no tuviese la química, me mataría!" Algo parecido ocurre siempre en nuestra dinámica interior, aunque no se explicita. Siempre hay algo que hace que la vida sea nuestros ojos digna de ser vivida, sin lo cual, aunque no llegáramos a desearnos la muerte, todo resultaría insípido y decepcionante. A ese "algo", sea lo que sea, sin necesidad de que esté teorizado o expresado en un sistema mental – pues, puede estar implícito en una banalísima práctica de la vida-, le dedica siempre el hombre toda su devoción.

Nadie puede evitar alguna implicación final: cualquiera que ésta sea, desde el momento en que la conciencia humana le corresponde al vivir, lo que está expresando es una religiosidad, un nivel de religiosidad que se está realizando.² El sentido religioso tiene la característica propia de ser la dimensión última e inevitable de cualquier gesto, de cualquier acción, de cualquier tipo de relación. Es un nivel de invocación o de adhesión última que no puede extirparse de ningún instante de la vida, ya que la profundidad de esa demanda de significado se refleja en cada una de nuestras pasiones, iniciativas y gestos.

Está claro, pues, que si hubiera algo que escapara a lo que estamos identificando con lo *último*, con ese "dios" – sea cual sea el modo en que se entienda-, éste ya no sería lo *último*, el "dios", pues querría decir que hay algo más profundo dentro de nuestro modo de obrar y que es eso de lo que en realidad somos devotos. La ausencia de educación del sentido religioso que antes denunciaba se ve precisamente en esto: en que hay en nosotros una repugnancia, que se ha hecho instintiva, a que el sentido religioso domine y determine conscientemente nuestros actos.

Aquí está precisamente el síntoma de la atrofia y la parcialidad en el desarrollo de nuestro sentido religioso: esa dificultad grave y muy extendida, esa extrañeza que advertimos cuando sentimos decir que el "dios" es el determinante de todo, el factor al que no se puede escapar, el criterio con el que se elige, se estudia, se termina el producto de nuestro trabajo, se afilia a un partido, se investiga científicamente, se busca mujer o marido, se gobierna una nación. La educación del sentido religioso debería por un lado,

² Cf. L. Giussani, *El Sentido Religioso. Curso básico de Cristianismo*, vol 1, pp. 86/88, Ed. Encuentro, Madrid 1998.

favorecer la toma de conciencia de ese dato de la inevitable y total dependencia que hay entre el hombre y lo que da sentido a su vida y, por otro, ayudarle a vencer con el tiempo esa extrañeza irreal que experimenta frente a su condición original.

3. La originalidad del cristianismo bien enfocada

Este tema del sentido religioso es importante para entender la originalidad del cristianismo, que es precisamente la respuesta al sentido religioso del hombre a través de Cristo y la Iglesia. El cristianismo es una solución al problema religioso y la Iglesia es un instrumento para esto, mientras que *no* lo es a los problemas políticos, sociales o económicos.

Los errores más graves en cualquier trayectoria del hombre siempre tienen su origen en la raíz de la cuestión. Por eso, al llegar a la última etapa de nuestro Curso básico³, he querido volver al punto de partida de nuestra reflexión; punto de partida que no está educado, es una trampa a cada paso del camino, mientras que, si está educado, es un fermento insustituible para que progrese razonablemente el espíritu humano.

Recordando la observación de Lindworsky⁴, diríamos que vivir la solución propuesta por el cristianismo al problema religioso implica que este se sienta tan vivamente que el hombre siempre esté presto a sorprender la eventual correspondencia que haya entre la mente y el corazón con el contenido propuesto, sin la cual cualquier adhesión no es sino ideología. Tal correspondencia – insisto- se manifiesta dentro de un sentido religioso vivo, y por consiguiente sólo se fomenta mediante una educación permanente de ese sentido religioso.

Pues en el sentido religioso es donde nace la hipótesis de que el misterio envuelve a todas las cosas y que las atraviesa se manifieste al hombre. El anuncio cristiano es que esa hipótesis se ha verificado⁵: el misterio se ha convertido en hecho histórico, un hombre se ha llamado Dios.

Aquí es donde comienza a perfilarse el problema que nos interesa.

4. El corazón del problema de la Iglesia

Quien se enfrenta con el hecho de Jesucristo, sea un día después de su desaparición del horizonte terreno, o bien un mes después, o cien, mil o dos mil años después, ¿cómo puede ponerse en condiciones de saber si Él responde a la verdad que pretende ser? Es decir ¿cómo puedo uno llegar a comprender si realmente Jesús de Nazaret es el acontecimiento que encarna la hipótesis de la revelación del sentido estricto?

Este problema es el corazón de lo que históricamente se llama "Iglesia".

La palabra "Iglesia" indica un fenómeno histórico cuyo único significado consiste en que constituye para el hombre la posibilidad de alcanzar la certeza sobre Cristo, en ser en definitiva la respuesta a esta pregunta: "Dado que yo llego el día después de que Cristo se haya marchado, ¿cómo puedo saber si se trata de Algo que me interesa más que nada, y

³ Los dos primeros volúmenes del Curso básico son: *El Sentido religioso*, op. Cit. Y *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ed. Encuentro, Madrid 2001.

⁴ Vid. Nota 1 del presente capítulo.

⁵ Cf. Al respecto L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit. En particular el capítulo 3, pp. 37-45.

cómo puedo saberlo con razonable seguridad?” Ya hemos advertido que es imposible imaginar un problema más grave que este para el ser humano, cualquiera que sea la respuesta que se de a esa pregunta⁶. A cualquier hombre que entre en contacto con el anuncio cristiano le resulta imperativo intentar llegar a una certeza respecto de un problema tan decisivo para su vida y la del mundo. Se puede, obviamente, censurar el problema pero, dada la naturaleza de la pregunta, censurarlo es como responder a ella negativamente.

Es importante, pues, que ahora quien viene después – e incluso, mucho tiempo después – del acontecimiento de Jesús de Nazaret lo aborde de modo que pueda llegar a obtener una valoración razonable y cierta, adecuada a la gravedad del problema.

La Iglesia se presenta como una respuesta a esa exigencia de una valoración cierta. Este es el tema que nos disponemos a abordar. Pero tal propósito presupone la seriedad de la pregunta: ¿Quién es realmente Cristo?”, esto es, presupone un compromiso moral en el uso de la conciencia ante el hecho histórico del anuncio cristiano. Y eso a su vez presupone una seriedad moral en la vida del sentido religioso como tal.

Si, por el contrario, no estamos comprometidos con ese aspecto inevitable y omnipresente de la existencia que es el sentido religioso, si ante el hecho histórico de Cristo pensamos que se puede no adoptar una postura personal, entonces la Iglesia sólo podrá interesarnos de una manera reductiva: como problema sociológico, político o asociativo, para combatirla o defenderla con referencia a estos aspectos.

¡Qué degradación para la razón quedar descalificada precisamente en lo que hace más humana y más completa su capacidad de descubrir y establecer conexiones, es decir, el sentido religioso auténtico y vivo!

Por otra parte, *de hecho*, la historia, querámoslo o no, con nuestra ira o con nuestra paz, está atravesada por el anuncio del Dios que se ha hecho hombre.

⁶ Ib.